

Se remonta ante sus ojos
En alas del huracan,
Vision sublime, y su frente
Ve fosfórica brillar
Entre lívidos relámpagos.
En la densa oscuridad,
Sierpes de luz, luminosos
Eugendros del vendabal.
Y cuando duda si duerme,
Si tal vez sueña ó está
Loco, si es tanto prodigio,
Tanto delirio verdad;
Otra vez en Salamanca
Súbite vuélvese á hallar,
Distingue los edificios,
Reconoce en donde está,
Y en su delirante vértigo
Al vino vuela á culpar,
Y jura, y sigue andando
Ella delante, él detras.
«Vive Dios! dice entre sí,
O Satanás se chancea,
O no debo estar en mí,
O el Málaga que bebi
En mi cabeza aún humea.
«Sombras, fantasmas, visiones....
Dale con tocar á muerto,
Y en revueltas confusiones,
Danzando estos torreones
Al compás de tal concierto.
»Y el juicio voy á perder
Entre tantas maravillas,
Que estas torres llegue á ver
Como mulas de alquiler,
Andando con campanillas.

«Y esta mujer ¿quién será?
Mas si es el diablo en persona,
¡A mi qué diantre me da!
Y más, que el traje en que va
En esta ocasion, le abona.
»Noble señora, imagino
Que sois nueva en el lugar;
Andar así es desatino:
O habeis perdido el camino,
O esto es andar por andar.
»Ha dado en no responder,
Que es la más rara locura
Que puede hallarse en mujer,
Y en que yo la he de querer
Por su paso de andadura.»

En tanto don Félix á fientas seguia,
Delante camina la blanca vision,
Típlica su espanto la noche sombría,
Sus hórridos gritos redobla Aquilon.
Rechinan girando la férreas veletas,
Crujir de cadenas se escucha sonar,
Las altas campanas, por el viento inquietas,
Pausados sonidos en las torres dan.
Ruidos de pasos de gente, que viene
A compás marchando con sordo rumor,
Y de tiempo en tiempo su marcha detiene,
Y rezar parece en confuso són.
Llegó de don Félix luego á los oidos,
Y luégo cien luces á lo lejos vió,
Y luégo en hileras largas divididos,
Vió que murmurando con lúgubre voz,
Enlutados bultos andando venian,
Y luego más cerca con asombro ve,
Que un féretro en medio y en hombros traian

Y dos cuerpos muertos tendidos en él.
Las luces, la hora, la noche, profundo,
Infernal arcano parece encubrir.
Cuando en hondo sueño yace muerto el mun-
do, cuando todo anuncia que habrá de morir [do,
Al hombre, que loco la recia tormenta
Corrió de la vida, del viento á merced,
Cuando una voz triste las horas le cuenta,
Y en lodo sus pompas convertidas ve,
Forzoso es que tenga de diamante el alma
Quien no sienta el pecho de horror palpitar,
Quien, como don Félix, con serena calma
Ni en Dios ni en el diablo se ponga á pensar.
Así en tardos pasos, todos murmurando,
El lúgubre entierro ya cerca llegó.
Y la blanca dama devota rezando,
Entrambas rodillas en tierra dobló.
Calado el sombrero y en pié indiferente
El féretro mira don Félix pasar,
Y al paso pregunta con su aire insolente
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.
Más ¡cuál su sorpresa, su asombro cuál fuera,
Cuando horrorizado con espanto ve
Que el uno don Diego de Pastrana era,
Y el otro ¡Dios santo! ¡y el otro era él!.....
El mismo, su imágen, su misma figura,
Su mismo semblante, que él mismo era en
Y duda, y se palpa, y fría pavora [fin:
Un punto en sus venas sintió discurrir.
Al fin era hombre, y un punto temblaron
Los nervios del hombre, y un punto temió;
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,
Pronto su fiereza volvió al corazón.

«Lo que es, dijo, por Pastrana,

Bien pensado está el entierro;
Mas es diligencia vana
Enterrarme á mi, y mañana
Me he de quejar de este yerro.
»Diga, señor enlutado,
¿A quién llevan á enterrar?
—Al estudiante endiablado
Don Félix de Montemar,—
Respondió el encapuchado.
—»Mientes, truhan.—No por cierto.—
Pues decidme á mi quién soy,
Si gustais, porque no acierto
Cómo á un mismo tiempo estoy
Aquí vivo y allí muerto.
—»Yo no os conozco.—Pardiez,
Que si me llego á enojar,
Tus burlas te haga llorar
De tal modo, que otra vez
Conozcais ya á Montemar.
»¡Villano!..... mas esto es
Ilusion de los sentidos,
El mundo que anda al revés,
Los diablos entretenidos
En hacerme dar traspies.
»¡El fanfarron de don Diego!
De sus mentiras reniego,
Que cuando muerto cayó,
Al infierno se fué luégo
Contando que me mató.»

Diciendo así, soltó una careajada,
Y las espaldas con desden volvió;
Se hizo el bigote, requirió la espada,
Y á la devota dama se acercó.

»Conque en fin, ¿dónde vivis?
Que se hace tarde, señora,
—Tarde, áun no; de aquí á una hora
Lo será.—Verdad decís,
Será mas tarde que ahora.

»Esa voz con que haceis miedo,
De vos me enamora más:
Yo me he echado el alma atrás;
Juzgad si me dará un bledo
De Dios ni de Satanás.

—»Cada paso que avanzais
Lo adelantais á la muerte,
Don Félix. ¿Y no temblais,
Y el corazon no os advierte
Que á la muerte caminais?»

Con eco melancólico y sombrío
Dijo así la mujer, y el sordo acento,
Sonando en torno del mancebo inópio,
Rugió en la voz del proceloso viento.
Las piedras con las piedras se golpearon,
Bajo sus piés la tierra retembló,
Las aves de la noche se juntaron,
Y sus alas crujió sobre él sintió:
Y en la sombra unos ojos fulgurantes
Vió en el aire vagar que espanto inspiran,
Siempre sobre él saltándose anhelantes:
Ojos de horror que sin cesar le miran,
Y los vió y no tembló: mano á la espada
Puso y la sombra intrépida embistió,
Y ni sombra encontró ni encontró nada;
Sólo fijos en él los ojos vió.
Y alzó los suyos impaciente al cielo,
Y rechinó los dientes y maldijo.
Y en él creciendo el infernal anhelo,

Con voz de enojo blasfemando, dijo:
«Seguid, señora, y adelante vamos:
Tanto mejor si sois el diablo mismo,
Y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,
Y acabese por fin tanto embolismo.

»Que de tanto sermón, de farsa tanta,
Juro, pardiez, que fatigado estoy:
Nada mi firme voluntad quebranta,
Sabed, en fin, que donde vayais, voy.

»Un término no más tiene la vida:
Término fijo; un paradero el alma:
Ahora adelante.» Dijo, y en seguida
Camina en pós con decidida camla.

Y la dama á una puerta se paró,
Y era una puerta altísima, y se abrieron
Sus hojas en el punto en que llamó,
Que á un misterioso impulso obedecieron:
Y tras la dama el estudiante entró:
Ni pajes ni doncellas acudieron;
Y cruzan á la luz de unas bujías
Fantásticas, desiertas galerías,

Y la vision como engañoso encanto,
Por las losas deslízase sin ruido,
Toda encubierta bajo el blanco manto
Que barre el suelo en pliegues desprendido:
Y por el largo corredor en tanto
Sigue adelante, y siguela atrevido,
Y su temeridad raya en locura,
Resuelto Montemar á su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,
Lánguida luz y cárdena esparcian,
Y en torno en movimientos desiguales

Las sombras se alejaban ó venían:
Arcos aquí ruinosos, sepulcrales,
Urnas allí y estatuas se veían,
Rotas columnas, patios mal seguros,
Hierbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío,
Edificio sin base ni cimiento
Ondula cual fantástico navío
Que anclado mueve borrascoso viento.
En un silencio aterrador y frío
Yace allí todo: ni rumor, ni aliento
Humano nunca se escuchó: callado,
Corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas á las muertas horas
Siguen en el relój de aquella vida,
Sombras de horror girando aterradoras,
Que allá aparecen en medrosa huida;
Ellas solas y triste moradoras
De aquella negra, funeral guarida,
Cual soñada fantástica quimera,
Vienen á ver el que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos
Del fondo de la larga galería,
Que brillan léjos, cual carbones rojos,
Y espantáran la misma valentía:
Y muestran en su rostro sus enojos
Al ver hollada su mansion sombría,
Y ora en grupos delante se aparecen,
Ora en la sombra allá se desvanecen.

Grandiosa, satánica figura,
Alta la frente, Montemar camina,

Espíritu sublime en su locura,
Provocando la cólera divina:
Fábrica frágil de materia impura,
El alma que la alienta y la ilumina,
Con Dios le iguala, y con osado vuelo
Se alza á su trono y le provoca á duelo.

Segundo Lucifer que se levanta
Del rayo vengador la frente herida,
Alma rebelde que el temor no espanta,
Hollada sí, pero jamas vencida;
El hombre, en fin, que en su ansiedad que-
Su límite á la cárcel de la vida, [branta
Y á Dios llama ante él á darle cuenta,
Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,
Cruza aquella quimérica morada,
Con atrevida indiferencia andando,
Mofa en los lábios, y la vista osada;
Y el rumor que sus pasos van formando,
Y el golpe que al andar le da la espada,
Tristes ecos, siguiéndole detras,
Repiten con monótono compas.

Y aquel extraño y único rüido
Que de aquella mansion los ecos llena,
En el suelo y los techos repetido,
En su profunda soledad resuena;
Y espira allá cual funeral gemido
Que lanza en su dolor la ánima en pena,
Que al fin del corredor largo y oscuro,
Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo, y otra vida,

Mundo de sombras, vida que es un sueño,
Vida, que con la muerte confundida,
Ciñe sus sienes con letal beño;
Mundo, vaga ilusión descolorida
De nuestro mundo y vaporoso ensueño,
Sou aquel ruido y su locura insana,
La sola imagen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guía
De la alma dicha la ilusión parece,
Que ora acaricia la esperanza impía,
Ora al tocarla ya se desvanece:
Blanca, flotante nube, que en la umbría
Noche, en alas del céfiro se mece,
Su airosa ropa, desplegada al viento,
Semeja en su callado movimiento:

Humo suave de quemado aroma
Que al aire en ondas á perderse asciende,
Rayo de luna que en la parda loma,
Cual un broche su cima al éter prende;
Silfa que con el alba envuelta asoma
Y al nebuloso azul sus alas tiende,
De negras sombras y de luz tenidas,
Entre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,
Que apenas toca con los piés al suelo,
Cruza aquella morada tenebrosa
La mágica vision del blanco velo;
Imagen fiel de la ilusión dichosa
Que acaso el hombre encontrará en el cielo.
Pensamiento sin fórmula y sin nombre,
Que hace rezar y blasfemar al hombre.

Y al fin del largo corredor llegando,

Montemar sigue su callada guía,
Y una de mármol negro va bajando
De caracol torcida gradería,
Larga, estrecha y revuelta, y que girando
En torno de él y sin cesar veía
Suspendida en el aire y con violento,
Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino
Infinito prolongase y se extiende,
Y el juicio pone en loco desatino
A Montemar que en tumbos mil descende,
Y envuelto en el violento torbellino,
Al aire se imagina, y se desprende,
Y sin que el rauda movimiento ceda,
Mil vueltas dando, á los abismos rueda:

Y de escalon en escalon cayendo,
Blasfema y jura con lenguaje inmundo,
Y su furioso vértigo creciendo,
Y despeñado rápido al profundo,
Los silbos ya del huracan oyendo,
Ya ante él pasando en confusion el mundo,
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,
Y aplausos y brutales carcajadas.

Llantos y ayes, quejas y gemidos,
Mofas, sarcasmos, risas y denuestos,
Y en mil grupos acá y allá reunidos,
Viendo debajo de él, sobre él enhiestos,
Hombres, mujeres, todos confundidos,
Con sándia pena, con alegres gestos,
Que con asombro estúpido le miran
Y en el perpétuo remolino giran.

Siente por fin que de repente pára,
Y un punto sin sentido se quedó;
Mas luego valeroso se repara,
Abrió los ojos y de pié se alzó:
Y fué el primer objeto en que pensara
La blanca dama, y al redor miró,
Y al pié de un triste monumento hallóla
Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento
Que en medio de la estancia se elevaba,
Y á un tiempo á Montemar iraro portentoso!
Una tumba y un lecho semejaba:
Ya imaginó su loco pensamiento
Que abierta aquella tumba le aguardaba,
Ya imaginó tambien que el lecho era
Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto recobrada su osadía,
Y á terminar resuelto su aventura,
Al cielo y al infierno desafia
Con firme pecho y decision segna:
A la blanca vision su planta guía,
Y á descubrirse el rostro la conjura,
Y á sus piés Montemar tomando asiento.
Así la habló con animoso acento:

«Diablo, mujer ó vision,
Que á juzgar por el camino
Que conduce á esta mansion,
Eres puro desatino
O diabólica invencion:
»Si quier de parte de Dios,
Si quier de parte del diablo,
¿Quién nos trajo aquí á los dos?

Decidme, en fin, ¿quién sois vos?
Y sepa yo con quién hablo:

»Que más que nunca palpita
Resuelto mi corazon,
Cuando en tanta confusion,
Y en tanto arcano que irrita,
Me descubre mi razon.

»Que un poder aquí supremo,
Invisible se ha mezclado,
Poder que siento y no temo,
A llevar determinado,
Esta aventura al extremo.»

Fúnebre

Llanto

De amor,

Oyese

En tanto

En són

Flébil, blando,

Cual quejido

Dolorido

Que del alma

Se arrancó:

Cual profundo

¡Ay! que exhala

Moribundo

Corazon.

Música triste,

Lánguida y vaga,

Que á par lastima

Y el alma halaga;

Dulce armonía

Que inspira al pecho

Melancolia,

Como el murmullo
De algun recuerdo
De antiguo amor,
A un tiempo arrulló
Y amarga pena
Del corazon.
Mágico embeleso,
Cántico ideal,
Que en los aires vaga
Y en sonoras ráfagas
Aumentando va:
Sublime y oscuro,
Rumor prodigioso,
Sordo acento lúgubre,
Eco sepulcral,
Músicas lejanas,
De enlutado parche
Redoble monótono,
Cercano huracan,
Que apenas la copa
Del árbol menea
Y bramando está:
Olas alteradas
De la mar bravía,
En noche sombría
Los vientos en paz,
Y cuyo rugido
Se mezcla al gemido
Del muro que trémulo
Las siente llegar:
Pavoroso estrépito,
Infalible présago
De la tempestad,
Y en rápido *crescendo*,
Los lúgubres sonidos

Más cerca vause oyendo
Y en ronco rebramar;
Cual trueno en las montañas
Que retumbando va,
Cual rugen las entrañas
De horrisono volcan.
Y algazara y griteria,
Crujir de afilados huesos,
Rechinamiento de dientes
Y retemblar los cimientos,
Y en pavoroso estallido
Las losas del pavimento
Separando sus junturas
Irse poco á poco abriendo,
Siente Montemar, y el ruido
Más cerca crece, y á un tiempo
Escucha chocarse cráneos,
Ya descarnados y secos,
Temblar en torno la tierra,
Bramar combatidos vientos,
Rugir las airadas olas,
Estallar el ronco trueno,
Exhalar tristes quejidos
Y prorumpir en lamentos:
Todo en furiosa armonía,
Todo en frenético estruendo,
Todo en confuso trastorno,
Todo mezclado y diverso.
Y luégo el estrépito crece
Confuso y mezclado en un són,
Que ronco en las bóvedas hondas
Tronando furioso zumbó;
Y un eco que agudo parece
Del ángel del juicio la voz,
En tiple, punzante alarido

Medroso y sonoro se alzó;
 Sintió, removidas las tumbas,
 Crujir á sus piés con fragor,
 Chocar en las piedras los cráneos
 Con rabia y ahínco feroz,
 Romper intentando la losa,
 Y huir de su eterna mansion
 Los muertos, de súbito oyendo
 El alto mandato de Dios.
 Y de pronto en horrendo estampido
 Desquiciarse la estancia sintió,
 Y al tremendo tartáreo rúido
 Cien espectros alzarse miró:
 De sus ojos los huecos fijaron
 Y sus dedos enjutos en él;
 Y despues entre sí se miraron,
 Y á mostrarle tornaron despues;
 Y enlazadas las manos siniestras,
 Con dudoso, espantado ademan
 Contemplando, y tendidas sus diestras
 Con asombro al osado mortal,
 Se acercaron despacio, y la seca
 Calavera, mostrando temor,
 Con inmóvil, irónica mueca
 Inclinaron, formando en redor.
 Y entonces la vision del blanco velo
 Al fiero Montemar tendió una mano,
 Y era su tacto de crispante hielo,
 Y resistirlo audaz intentó en vano:
 Galbánica, cruel, nerviosa y fria,
 Histérica y horrible sensacion,
 Toda la sangre coagulada envía
 Agolpada y helada al corazon.....
 Y á su despecho y maldiciendo al cielo,
 De ella apartó su mano Montemar,

Y temerario alzándola á su velo,
 Tirando de él la descubrió la faz,
¡Es su esposo! los ecos retumbaron,
¡La esposa al fin que su consorte halló!
 Los espectros con júbilo gritaron,
¡Es el esposo de su eterno amor!
 Y ella entonces gritó: *¡Mi esposo!* ¡Y era
 ¡Desengaño fatal! ¡triste verdad!
 Una sórdida, horrible calavera
 La blanca dama del gallardo andar!.....
 Luégo un caballero de espuela dorada.
 Airoso, aunque el rostro con mortal color,
 Traspasado el pecho de fiera estocada,
 Aun brotando sangre de su corazon,
 Se acerca y le dice, su diestra tendida.
 Que impávido estrecha tambien Montemar!
 —«Al fin la palabra que disteis, cumplida,
 Doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya:
 Mi muerte os perdono.—Por cierto, D. Diego
 Repuso don Félix tranquilo á su vez,
 Me alegro de veros con tanto sosiego,
 Que á fe no esperaba volveros á ver.
 En cuanto á ese espectro que decís mi esposa,
 Raro casamiento venisme á ofrecer:
 Su faz no es por cierto ni amable ni hermosa;
 Mas no se os figure que os quiera ofender:
 Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,
 Y espero no salga fallido mi plan,
 Que en caso tan raro, y mi esposa muerta,
 Tanto como viva no me cansará.
 Mas ántes decidme si Dios ó el demonio
 Me trajo á este sitio, que quisiera ver
 Al uno ú al otro, y en mi matrimonio
 Tener por padrino siquiera á Luzbel:
 Cualquiera ó entrambos con su corte toda,

Estando estos nobles espectros aquí,
No perdiera mucho viniendo á mi boda.....
Hermano don Diego, ¿no pensais así?
Tal dijo don Félix con fruncido ceño,
En torno arrojando con fiero ademán
Miradas audaces de altivo desdén,
Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.
El cariado, lívido esqueleto,
Los frios, largos y asquerosos brazos,
Le enreda en tanto en apretados lazos,
Y ávido le acaricia en su ansiedad:
Y con su boca cavernosa busca
La boca á Montemar, y á su ruejilla
La árida, descarnada y amarilla.
Junta y refriega, repugnante faz.
Y él envuelto en sus secas coyunturas,
Aun más sus nudos que se aprietan siente,
Baña un mar de sudor su ardida frente
Y crece en su impotencia su furor:
Pugna con ansia á desasirse en vano,
Y cuanto más airado forcejea,
Tanto más se le junta y le desea
El rudo espectro que le inspira horror.
Y en furioso, veloz remolino,
Y en aérea, fantástica danza,
Que la mente del hombre no alcanza
En su rápido curso á seguir,
Los espectros su ronda empezaron,
Cual en círculos raudos el viento
Remolinos de polvo violento,
Y hojas secas agita sin fin.
Y elevando sus áridas manos,
Resonando cual lúgubre eco,
Levantóse en su cóncavo hueco
Semejante á un aullido una voz:

Pavorosa, monótona, informe,
Que pronuncia sin lengua su boca,
Cual la voz que del áspera roca
En los senos el viento formó.

«Cantemos, dijeron sus gritos,
La gloria, el amor de la esposa,
Que enlaza en sus brazos dichosa,
Por siempre al esposo que amó:
Su boca á su boca se junte,
Y selle su eterna delicia,
Suave, amorosa caricia
Y lánguido beso de amor.
Y en mútuos abrazos unidos,
Y en blando y eterno reposo,
La esposa enlazada al esposo
Por siempre descansen en paz.
Y en fúnebre luz ilumine
Sus bodas fatídica tea,
Les brinde deleites y sea
La tumba su lecho nupcial.»

Mientras, la ronda frenética
Que en raudó giro se agita,
Más cada vez precipita
Su vértigo sin ceder;
Más cada vez se atropella
Más cada vez se arrebata,
Y en círculos se desata,
Violentos más cada vez:
Y escapa en rueda quimérica,
Y negro punto parece
Que en torno se desvanece
Á la fantástica luz,
Y sus lúgubres aullidos,
Que pavorosos se extienden,

Los aires rápidos hienden
Más prolongados aún.
Y á tan continuo vértigo,
A tan funesto encanto,
A tan horrible canto,
A tan tremenda lid,
Entre los brazos lúbricos
Que aprémianle sujeto,
Del hórrido esqueleto
Entre caricias mil;
Jamás vencido el ánimo,
Su cuerpo ya rendido,
Sintió desfallecido
Faltarle Montemar:
Y á par que más su espíritu
Desmiente su miseria,
La flaca vil materia
Comienza á desmayar.
Y siente un confuso,
Loco devaneo,
Languidez, mareo
Y angustioso afan:
Y sombras y luces
La estancia que gira,
Y espíritus mira
Que vienen y van.
Y luego á lo léjos,
Flébil en su oído,
Eco dolorido
Lángido sonó,
Cual la melodía
Que el aura amorosa,
Y el aura armoniosa
De noche formó:
Y siente luégo

Su pecho ahogado,
Y desmayado,
Turbios sus ojos,
Sus graves párpados,
Flojos caer:
La frente inclina
Sobre su pecho,
Y á su despecho,
Siente sus brazos
Lánguidos, débiles
Desfallecer.
Y vió luégo
Una llama
Que se inflama
Y murió;
Y perdido,
Oye el eco
De un gemido
Que espiró.
Tal, dulce
Suspira
La lira
Que hirió
En blando
Concento
Del viento
La voz,
Leve,
Breve
Són.

En tanto en nubes de carmin y grana
Su luz el alba arrebolada envía,
Y alegre regocija y engalana
Las altas torres el naciente día:

Sereno el cielo, calma la mañana,
Blanda la brisa, transparente y fría,
Vierte á la tierra el sol con su hermosura
Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche, y con la noche huián
Sus sombras y quiméricas mujeres.
Y á su silencio y calma sucedían
El bullicio y rumor de los talleres:
Y á su trabajo y á su afán volvían
Los hombres y á sus frívolos placeres,
Algunos hoy volviendo á su faena
De zozobra y temor el alma llena:

¡Que era pública voz, que llanto arranca
Del pecho pecador y empedernido,
Que en forma de mujer y en una blanca
Túnica misteriosa revestido,
Aquella noche el diablo á Salamanca
Yabía en fin por Montemar venido!....
*Y si, lector, dijéredes ser cuento,
Como me lo contaron, te lo cuento.*

EL DOS DE MAYO.

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las
Del hondo mar alborotado brama; [olas
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencia clama.
Hombres, mujeres, vuelan al combate,
El volcan de sus iras estalló:
Sin armas van, pero en sus pechos late
Un corazón colérico español.

La frente coronada de laureles,
Con el botín de la vencida Europa,
Con sangre hasta las cinchas los corceles,
En cien campañas veterana tropa;

Los que al rápido Volga eusangrentaron,
Los que humillaron á sus piés naciones,
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridones;

A eterna lucha, á sin igual batalla
Madrid provoca en su encendida ira;
Su pueblo inerme allí entre la metralla
Y entre los sables reluchando gira,
Graba en su frente luminosa huella

La lumbre que destella el corazon;
Y á parar con sus pechos se atropella
El rayo del mortífero cañon.

¡Oh de sangre y valor glorioso dial!
Mis padres cuando niño me contaron
Sus hechos ¡ay! y en la memoria mia,
Santo recuerdo de virtud, quedaron.

Entónces, indignados me decian,
Cayó el cetro español pedazos hecho;
Por precio vil á extraños nos vendian,
Desde el de Carlos profanado lecho.

La córte del monarca disoluta,
Prosternada á las plantas de un privado,
Sobre el seno de impura prostituta,
Al trono de los reyes ensalzado.

Sobre coronas, tronos y tiaras
Su orgullo sólo y su capricho ley;
Horda de sangre y de conquista avaras,
Cada soldado un absoluto rey.

Fijo en España el ojo centellante,
El pirene á salvar pronto el bridon,
Al rey de reyes, al audaz gigante
Ciegos ensalzan, siguen en monton.

Y vosotros ¡qué hicisteis entre tanto,
Los de espíritu flaco y alta cuna!
Derramar como hembras débil llanto
Ó adular bajamente á la fortuna.

Buscar tras la extranjería bayoneta
Seguro á vuestras vidas y muralla,
Y siervos viles á la plebe inquieta
Con baja lengua apellidar *canalla*.

¡*Canalla!* si, vosotros los traidores,
Los que negais al entusiasmo ardiente
Su gloria, y nunca visteis los fulgores
Con que ilumina la inspirada frente!

¡*Canalla!* si, los que en la lid, alarde
Hicieron de su infame villania,
Disfrazando su espíritu cobarde
Con la sana razon segura y fria!

¡Oh! La *canalla*, la *canalla* en tanto
Arrojó el grito de venganza y guerra,
Y arrebatada en su entusiasmo santo
Quebrantó las cadenas de la tierra.

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogia,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos
Levantando á su principe ofrecia.

Brilla el puñal en la irritada mano,
Huye el cobarde y el traidor se esconde;
Truena el cañon y el grito castellano
De *Independencia* y *Libertad* responde.

¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!
Sonó la hora y la venganza espera;
Id, y hartad vuestra sed en los torrentes
De sangre de Bailen y Talavera;

Id, saludad los héroes de Gerona,
Alzad con ellos el radiante vuelo,
Y á los de Zaragoza alta corona
Ceñid, que aumente el esplendor del cielo.

Mas, ¡ay! ¡por qué cuando los ojos brotan
Lágrimas de entusiasmo y alegría,
Y el alma atropellados alborotan
Tantos reñeros de honra y valentia;

Negra nube en el alma se levanta
Que turba y oscurece los sentidos,
Fiero dolor el corazon quebranta
Y se ahoga la voz entre gemidos!

¡Oh! levantad la frente carcomida,
Mártires de la gloria,
Que aún arde en ella con eterna vida

La luz de la victoria!
¡Oh! levantadla del eterno sueño,
Y con los huecos de los ojos fijos,
Contemplad una vez con torvo ceño
La vergüenza y baldon de vuestros hijos!
Quizá en vosotros donde el fuego arde
Del castellano honor, aún sobre vida
Para alentar el corazón cobarde
Y abrasar esta tierra envilecida.
¡Ay! ¡cuál fué el galardón de vuestro celo,
De tanta sangre y bárbaro quebranto,
De tan heroica lucha y tanto anhelo,
Tanta virtud y sacrificio tanto?
El trono que erigió vuestra bravura
Sobre huesos de héroes levantado,
Un rey ingrato de memoria impura
Con eterno baldon dejó manchado.
¡Ay! para hollar la libertad sagrada
El príncipe, borron de nuestra historia,
Llamó en su auxilio la francesa espada
Que segase el laurel de vuestra gloria.
Y vuestros hijos de la muerte huyeron
Y esa sagrada tumba abandonaron,
Hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron
Y hollarla á los franceses les dejaron.
Como la mar tempestuosa ruge,
La losa al choque de los cráneos duros,
Tronó y se alzó con indignado empuje
Del galo audaz bajo los pies impuros.
Y aún hoy hélos allí que su semblante
Con hipócrita máscara cubrieron,
Y á Luis Felipe, en muestra suplicante,
Ambos brazos imbéciles tendieron.
La vil palabra ¡intervencion! gritaron,
Y del rey mercader la reclamaban:

De vuestros timbres sin honor mofaron,
Mientras en su impudor se encenagaban.
Hoy esa raza degradada, espuria,
Pobre nación, que esclavizado anhela,
Busca también por renovar tu injuria
De extranjeros monarcas la tutela.
Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
De la antigua hidalguía,
Del castellano honor, que en la memoria
Sólo nos queda hoy día.
Verted juntando las dolientes manos
Lágrimas ¡ay! que escalde la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos.
No bastan á borrar vuestra mancilla.
Llorad como mujeres; vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua,
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.
¡Oh! en el dolor eterno que me inspira
El pueblo en torno avergonzado calle,
Y estallando las cuerdas de mi lira
Roto también mi corazón estalle.

ENSAYO ÉPICO
FRAGMENTOS DE UN POEMA

TITULADO

EL PELAYO (1)

PRIMERO.

I.

De los pasados siglos la memoria
Trae á mi alma inspiracion divina,
Que las tinieblas de la antigua historia
Con sus fulgentes rayos ilumina:
Virtud contemplo, libertad y gloria,
Crímenes, sangre, asolacion, ruina,

(1) Esta poema, comenzado muchos años há, estaba ya muy cerca de su término; pero los trastornos y vicisitudes que el autor ha sufrido, han extraviado la mayor parte de los manuscritos, y sólo le es dado ofrecer al público, como muestra, estos fragmentos. Sin embargo, prendado de la belleza del asunto, no desconfía de dar cumplido remate á una obra que ha ocupado los primeros años de su vida.

Rasgando el velo de la edad mi mente,
Que osada vuela á la remota gente.

II.

Tornan los siglos á emprender su giro
De la sublime eternidad saliendo,
Y antiguas gentes y ciudades miro
Súbito ante mi vista apareciendo:
De ellos á par en mi ilusion respiro,
Oigo del pueblo el bullicioso estruendo,
Y lleno el pecho de agradable susto,
Contemplo el brillo del palacio augusto.

III.

Al blando són de la armoniosa lira
Oigo la voz de alegres trovadores,
El aura siento que fragancia espira,
Y al eco escucho murmurando amores;
Al sol contemplo que á Occidente gira
Reverberando fúlgidos colores,
Do la córte del godo poderío
Se alza orgullosa sobre el áureo río.

IV.

Toledo, que de mágicos jardines
Cercada, eleva su muralla altiva,
No guardada de fuertes paladines,
Ornada sí de juventud festiva:
Allí entregado á espléndidos festines,
Rodrigo alegre y descuidado liba
Copas de néctar de fragancia pura,
Al deleite brindando y la hermosura.

V.

Allí con ojos lánguidos respira

Dulce placer beldad voluptuosa,
Y aroma exhala, si feliz suspira,
Del puro lábio de encarnada rosa:
Rodrigo en ella codicioso mira
La que á su amor se muestra desdenosa,
Que más que todas es cándida y linda
La dulce, bella, celestial Florinda.

VI.

El ruido crece del festin en tanto,
Y el grato néctar al deleite llama;
Su pecho inunda deleitoso encanto
Y el fuego impuro del amor le inflama:
Ebrio Rodrigo, descendido el manto,
Alza la mano trémula, derrama
El áureo vaso, y atrevido sella
Dulce beso en el rostro á la doncella.

VII.

Todo es placer: de su mansion de rosa
La primavera cándida descende,
Y en el regazo de la tierra ansiosa
El fuego animador de vida enciende:
Templa del mar la furia procelosa,
El viento en calma plácido suspende,
Y derrama la aurora en sus albores
Luz regalada y regaladas flores.

VIII.

Abre la flor naciente el lino seno,
Y recibiendo el encendido rayo,
En la esmeralda del otero ameno
Vierte su dulce olor, gloria del Mayo:
Pasa el arroyo plácido y sereno,
Solicito besándola al soslayo;

Ella en vivos colores se ilumina
Y al dulce beso la cabeza inclina.

IX.

Y en el pensil do con rosada frente
El halagüeno Abril pasa riendo,
A la sombra de un árbol eminente
Está la juventud danzas tegiendo;
Cual á la márgen de la herbosa fuente
Canta, blando laud diestro tañendo,
Y cuál del baile y del cantor se aleja,
Y á su dulce beldad tierno se queja.

X.

Allí Rodrigo con incierta huella
Lascivo sigue á la fatal Florinda:
Ciego, arrastrado de ominosa estrella,
Intenta audaz que á su furor se rinda.
No oye ¡¡afeliz! su misera querella;
La ve humilde á sus piés, la ve más linda,
Y con lascivos ojos, con desdoro
Mancha la hermosa flor de su decoro.

XI.

En tanto encubre pavorosa nube
El cielo en antes trasparente y terso,
Y relumbra la espada del querube,
Ministro del Señor del Universo;
Que ya la voz de la inocencia sube
Que en llanto el gozo trocará al perverso,
Y á la luz del relámpago se muestra
Del rayo armada la divina diestra.

XII.

Súbito un trueno retumbar se siente:

«¡Himnos, vivas al Rey! la danza siga,
Y nuestra dicha y júbilo acreciente
El mútuo amor que nuestras almas liga.»
Tal grita aquella juventud demente,
Y al Rey ensalza que Jehová castiga.
«¡Himnos, vivas al Rey!» Súbito un rayo
Heló sus pechos con mortal desmayo.

XIII.

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,
Las densas nubes agitando, ondean
Con sus alas los genios del profundo,
Que con cárdeno surco centellean;
Y al ronco trueno, al eco tremebundo
De los opuestos vientos que pelean,
Se oye la voz de la celeste saña:
«¡Ay Rodrigo infeliz! ¡Ay triste España!»

XIV.

Todo desapareció: lóbrego luto
Reina y silencio do el placer ardía;
Do el mísero monarca disoluto
En vil torpeza y embriaguez yacía;
Guerra y desolacion el triste fruto
Al fin será de su lascivia impía,
Y horrenda esclavitud: Rodrigo en tanto
Verterá entre sus hembras débil llanto.

XV.

¡Maldiccion, maldiccion! Yertas las flores,
Del huracan violento arrebatadas,
El alegre pensil de los amores
Verá sus hojas por do quier sembradas;
La música, el banquete, los favores
Dulces de amor, las danzas animadas,

El canto de las damas y galanes
Trocados miro en lágrimas y afanes.

XVI.

Tal otro tiempo en la soberbia cena
Donde mofaba de Jehová el impío,
Ya la medida al sufrimiento llena,
Rebosó de ira caudaloso rio;
Y el rey asirio con amarga pena
Vió en el muro de mármol con sombrío
Fuego animarse escrito sobrehumano,
Trazado allí por invisible mano.

FRAGMENTO SEGUNDO.

I.

Era la hora en que el mundano ruido
Calma, en silencio el orbe sepultado;
Yacía el Rey, apena interrumpido
Del dulce sueño su mortal cuidado,
Cuando un fúnebre oyó largo alarido
Entre angustiosos sueños congojado,
Triste presagio de su infausta suerte,
Y luego ante sus ojos vió la muerte.

II.

La amarillenta mano descarnada,
Blandiendo al aire la guadaña impia,
La aterradora vista al Rey clavada,
Su cetro y su corona recogia,
Mientras en torno extraña gente armada
Sus despojos alegre dividia:
Y oyó sus quejas y escuchó sus voces
Y sus semblantes contempló feroces.

III.

Y el ángel de tinieblas levantarse
Súbito vió, como la inmensa cumbre
Del alto Chimborazo, y á él llegarse

Lanzando rayos de ominosa lumbre;
Y su mano sintió, que al acercarse
En su frente cargó su pesadumbre,
Grabando allí tremendo sobrescrito
Que le marcára por de Dios maldito.

IV.

Y luégo oyó rumor de cien cadenas,
Crujir los huesos, rechinar los dientes,
Y abismos contempló de eternas penas
Inmensurables, lóbregos y ardientes:
Oyó voces de horror y espanto llenas,
Batieron palmas las precitas gentes,
Y oyó tambien por mofa en su agonía
Bárbaras carcajadas de alegría.

V.

Mas luégo el sueño se tróco en su mente,
Y amantes dichas disfrutar figura
En brazos de Florinda dulcemente
Entre flores, aromas y frescura;
Y cuando más su corazon consiente
Que estrecha la deidad de la hermosura,
Se halla en los brazos de Julian fornidos
Ahogándole á su cuello retorcidos.

VI.

Sobre él enhiesto á su garganta apunta
Fiero puñal que el corazon le hiela:
Procura desasirse, y más le junta
Pecho á pecho Julian, que ahogarle anhela.
Así fiero dragon, trilingüe punta
Vibra y se enlaza al animal que cela,
E hincando en él la ponzoñosa boca,
Le enrolla, anuda, oprime y le sofoca.

VII.

Los brazos alza y lleva á su garganta.
Del bárbaro enemigo á desprenderse:
Cuanto con más ahinco los levanta,
Los ve volver sin ánimo á caerse:
Crecen sus bascas, y en angustia tanta
Falto de aliento, sin poder valerse,
Yerto, rendido y con mortal congoja,
Ya con lívida faz espuma arroja.

VIII.

En medio á su delirio y agonía
Trémulo y fatigoso se despierta;
Un helado sudor su cuerpo enfria,
Su carne toda horripilada y yerta:
Siente el robusto brazo que porfia
Aún por ahogarle: á desprender no acierta
El lienzo que á su cuello él mismo liga,
Y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

VII

FRAGMENTO TERCERO.

BATALLA DEL GUADALETE.

I.

En vano con prodigios espantosos
El justo cielo le anunció su ruina,
Y fúnebres ensueños milagrosos
Le intimaron la cólera divina:
Ronco trueno á los pueblos temerosos,
A deshora estallando, vaticina
Desventuras sin fin; y el Rey en tanto
Derrama entre sus hembras débil llanto.

II.

Orgullosa torrente de guerreros
Pueblos, montañas y ciudades hunde;
Tintos en sangre brillan sus aceros,
Y el estrago y terror do quiera cunde:
Así al impulso de aquilones fieros
Llama voraz por selvas se difunde,
Consumo antiguos troncos, arde el suelo
Y amenaza abrasar al mismo cielo.

III.

Rompe el alarbe y fiero desbarata
Cuanto encuentra y los campos raudo asuela;

Al labrador sus mieses arrebatá;
Pavoroso terror las gentes hiela;
La virgen triste al vencedor acata,
Y hondo suspiro de su pecho vuela
Al trono de Rodrigo descuidado,
Que en infame placer yace embriagado.

IV.

Mas al fin despertó: lució ya el día
En que á tan grandes crímenes el cielo
El merecido premio disponia:
Nublóse el sol, encapotóse el velo
Del ancha esfera: el trueno estremecia
La amedrentada tierra, y con anhelo
Rodrigo entónces, respirando apénas,
Quiere romper las bárbaras cadenas.

V.

Al deleite se arranca, el hierro viste,
Cálase el yelmo, el tresdoblado escudo
Con fatiga tal vez débil resiste,
De esfuerzo el corazon y ardor desnudo;
Pálido el rostro, acongojado y triste,
Parte á lidiar contra el alarbe rudo;
Vierten sus ojos lágrimas, suspira,
Y por última vez su alcázar mira.

VI.

El grito escucha de venganza y guerra
Gozoso de su estruendo el mahometano,
Y ansioso aguarda en la vandalia tierra
Do baña el Lete el muro jerezano.
¡Ay! á la lid del ocio se destierra,
¡Oh cara patria! y se prepara en vano

Rodrigo de su ejército á la frente,
Que los vicios de un Rey vician su gente.

VII.

Despareció del godo la osadía
Y el antiguo valor: las armas ora,
Noble ejercicio de su esfuerzo un día,
Cansado blande y los deleites llora,
Mientras la enseña de la luna impía
Tremolan á los aires vencedora
Los que el mundo, beligeros varones,
Turbaron con sus bárbaras legiones.

VIII.

Rodrigo en carro de marfil ostenta
Corona de oro y perlas en su frente:
La régia pompa y galas aparenta
Que en los banquetes le adornó luciente.
¡Miseró! en vano el corazon alienta;
No ve sobre él ¡oh Dios omnipotente!
Tu diestra levantada; arder no mira
Tu rayo á la palabra de tu ira.

IX.

Llegamos ya del Lete á la ribera,
Y en su fértil llanura el campamento
Fijamos frente á la morisma fiera:
Resuena el campo en pavoroso acento,
Al aire va tendida la bandera,
La trompa agita el sonoro viento,
Armas y carros resonantes giran,
Y ambas huestes atónitas se miran.

X.

La noche el cielo en su sombroso manto

Lóbrega encapotó: tal vez brillaba
Relámpago sombrío, que el espanto
Y el horror de la noche acrecentaba;
Lúgubre, sola y temerosa en tanto
La voz de las vigias se escuchaba,
Y en torno de los campos tenebrosos
Volaban mil espectros espantosos.

XI.

El sol temprano cual rubí encendido
Dejaba el golfo del rosado oriente,
Y el rayo, de su disco despedido
Doraba de Jerez la alzada frente:
Quiebra entre tanto morrion brunido,
Dardo mortal y arnés resplandeciente
Su luz, y cada rauda movimiento
De ominoso esplendor inunda el viento.

XII.

La extensa vega de Jerez coronan
El uno y otro ejército fronteros:
Guerra las trompas hórridas pregonan,
Y al ruido late el pecho á los guerreros.
Armas, carros, caballos se amontonan,
Zumba el viento al rumor y estruendo fieros:
Los ríos su curso con pavor reprimen,
Y los montes al són medrosos gimen.

XIII.

Triste Rodrigo su carroza guía
Ligera entre sus fuertes escuadrones:
Radiante en vano su corona envía
El antiguo esplendor. ¡Ah! sus bridones
¡Cuán otro rige ya de aquel que un día
Toledo vió entre nobles campeones,

Augusto vencedor en los torneos,
Coronada su frente de trofeos!

XIV.

Hoy al peligro puesto el pecho esquivo,
El corazon anima, y su flaqueza
Esconde ante su ejército, y altivo
Muestra en su acento bélica fiera.
Sancho, su hijo, el hierro vengativo
Blande á su lado y rige la aspereza
De un gallardo troton con diestra mano,
Mancebo hermoso, intrépido y lozano.

XV.

Por vez primera la robusta lanza
Blande su brazo juvenil, y ansioso
Hiérvele el pecho en bélica esperanza,
Ceñir pensando el lauro victorioso:
Probar de solo á solo su pujanza
Con el mismo Tarif ansia animoso:
Párase en tanto el Rey, alza la frente,
Y así en guerrera voz grita á su gente.

XVI.

Entre tanto el clarín súbito suena
En nuestro campo, y fiera corresponde
Con trompas y atabales la agarena
Hueste que al ruido en ronco són responde.
Tarif su gente á arremeter ordena;
La nuestra se adelanta; el cielo esconde
Densa nube de polvo, el viento inflama,
Y el suelo á nuestros piés retiembla y brama.